

*Orígenes de la aristocracia, la oligarquía, la democracia y la olocracia. – Sucesión de unas en otras hasta tornar a la monarquía.*

Así que se ve el pueblo con jefes, cuando les presta su poder contra los reyes; y abolida hasta la sombra de reino y monarquía, pasa a fundar y establecer la aristocracia. El pueblo, reconocido a los que le han liberado de los monarcas, les entrega sin reflexionar su conducción, y les fía sus personas. Éstos, pagados de tal confianza, al principio reputan por principal obligación el bien de la República, y dan toda su atención y cuidado al manejo de los negocios, tanto particulares como del Estado. Pero suceden sus hijos en las mismas dignidades, gentes poco acostumbradas a trabajos, sin la más mínima noción de la igualdad y de la libertad constitutivos de una República, criados desde la infancia entre los honores y dignidades de sus padres; y abandonándose unos a la avaricia y torpe deseo de riquezas, otros a las borracheras y comilonas insaciables, otros a los adulterios y amores infames, transforman la aristocracia en oligarquía; pero al mismo tiempo excitan en el pueblo los mismos sentimientos que anteriormente había tenido, y vienen a lograr el mismo fin que lograron los tiranos.

Si después alguno, vistos la envidia y odio de que el pueblo está animado, tiene la audacia de decir o hacer alguna cosa contra los jefes, y halla a la multitud en disposición de coadyuvar sus intentos, las consecuencias son la muerte de unos... y el *destierro de otros*. En este caso a nombrar rey ya no se atreven; dura aún el temor de la injusticia de los pasados. Para confiar el gobierno a muchos no tienen ánimo; está aún muy reciente la memoria de sus anteriores yerros. Sólo les queda salvo el recurso que hallan en sí mismos, a éste se atienen, y he aquí transformado

el gobierno de oligarquía en democracia, y sustituido el poder y cuidado de los negocios en sus personas.

Mientras duran algunos que sufrieron la insolencia y despotismo del gobierno anterior, contentos con el presente estado, prefieren a todo la igualdad y la libertad. Pero suceden jóvenes, entra el gobierno en manos de sus nietos, y ya entonces la misma costumbre desestima la igualdad y la libertad, y sólo se anhela por dominar a los otros: escollo donde comúnmente tropiezan los que exceden en riquezas. De aquí adelante, arrastrados de esta pasión, como no pueden satisfacerla ni por sí propios ni por sus virtudes personales, emplean sus bienes en cohechar y corromper el pueblo de todas maneras. Una vez enseñado éste a dejarse sobornar y vivir a costa de la loca ambición de honores de sus jefes, desde aquel punto desaparece la democracia, y sucede en su lugar la fuerza y la violencia. Porque acostumbrada la plebe a mantenerse de lo ajeno y a fundar la esperanza de subsistencia sobre el vecino; si a la sazón se le presenta un jefe esforzado, intrépido y excluido por la pobreza de los cargos públicos, se asocia con él, se entrega a los últimos excesos, y todo son muertes, destierros, repartimientos de tierras, hasta que al fin encrudelecida vuelve a hallar señor y monarca que la domine.

Tal es la revolución de los gobiernos, tal el orden que tiene la naturaleza en mudarlos, transformarlos y tornarlos a su primitivo estado. Conocidos a fondo estos principios, bien podrá uno engañarse sobre la duración que ha de tener el presente estado; pero rara vez le desmentirá el fallo que eche sobre el grado de elevación o decadencia en que se halla, ni sobre la forma de gobierno en que vendrá a cambiarse, si lo forma sin pasión ni envidia. Con esta investigación fácilmente se conocerá el establecimiento, progresos, elevación y trastorno que vendrá a tener la República romana. Pues aunque, como acabo de decir, esta República está fundada desde el principio y acrecentada según las leyes de la naturaleza tan bien como otra, con todo sufrirá igualmente su trastorno natural. Pero esto lo aclarará mejor la consecuencia. Ahora disertaremos brevemente sobre la legislación de Licurgo; asunto que no desdice de nuestro propósito.